

---

## La ocupación del Chaco y su impacto en la forma de vida de las sociedades indígenas

---

Lic. José Miguel Naharro<sup>1</sup>

F. Humanidades-Cepiha-Ciunsa

Se suele pensar que el impacto sobre las formas de vida de las sociedades indígenas del Chaco comenzó muy temprano y con la conquista misma. Pero esto no es enteramente cierto. Si uno revisa las fuentes con cierto detenimiento se dará cuenta de que la percepción que había del Chaco sirvió bien como detente hasta la segunda mitad del siglo XIX. No porque no se hubiera penetrado en él. Tampoco porque no se hubiera intentado poblarlo, sino porque hasta ese entonces representaba la frontera. La idea que tenemos hoy de una frontera es prácticamente la de una línea en un mapa. Hemos transformado una realidad virtual propia de las necesidades administrativas modernas en algo que parece tener una consistencia propia, pero durante el período hispánico hablar de la frontera significaba otra cosa. Rosenzvaig ha desarrollado la tesis de que durante mucho tiempo el Chaco fue visto como un espacio difícil de delimitar en expansión y contracción continuos.<sup>2</sup> Para los primeros teóricos del espacio chaqueño la relación orden/desorden se expresaba en términos de ríos/demonio<sup>3</sup>. Los ríos eran los lugares seguros, el resto espacios inconmensurables a los que sólo se podía contener mediante coordenadas religiosas. Para el jesuita Lozano, su anchura comprendía desde los confines del arzobispado de Chuquisaca hasta la diócesis del Paraguay, y desde la provincia de Santa Cruz de la Sierra hasta el obispado del Río de la Plata.<sup>4</sup> Lozano escribe en 1733, pero mien-

tras tanto una serie de experiencias fallidas, como las fundaciones de Concepción del Bermejo (1585-1632) y Santiago de Guadalcazar (1626-1631), no habían hecho sino alimentar el mito del espacio monstruoso habitado por salvajes irreductibles. De hecho, 1640 es la fecha del último intento español por tratar de repetir en el Chaco lo que había podido hacer en el resto de América.<sup>5</sup> Lo demás, y hasta el período republicano, fueron en realidad luchas linderas. “Procuradores y funcionarios coloniales anotaban con rigor los movimientos y la caracterología del *monstruo* ... [pero ese] espacio era tan sorprendente, que todavía en el siglo XVIII la idea que de él se tenía era «a bulto»”.<sup>6</sup>

En 1747 Fernando VI nombró Gobernador del Tucumán a Victorino Martínez del Tineo. Se le designaba no por sus dotes de administrador sino por su vasta experiencia militar y por la necesidad de que con su valor y providencia asegure “de las invasiones con que los indios rebeldes de las fronteras infestan aquel Reino.”<sup>7</sup> A partir de abril de 1750, Martínez del Tineo realizará varias entradas al Chaco con el fin de cumplir con lo encomendado, pero desde un principio sabía que el éxito de su tarea dependía básicamente del grado de control que pudiera ejercer sobre las distintas poblaciones aborígenes. Cosa extremadamente difícil cuando se trata de grupos cuyos asentamientos pueden cambiar constantemente. La idea, pues, será tratar de instalarlos de manera definitiva proveyéndolos, inclusive, de vestido y alimento. El plan, por supuesto, fracasa. Apenas se retiran los soldados los aborígenes vuelven a los bosques dejando en el más completo abandono a los padres de la Compañía de Jesús que se suponía debían vigilarlos mientras los convertían. De nada había valido la misa, ni la alegría y satisfacción con que se había sellado la amistad con los españoles. Ni en esa ocasión ni en las restantes, el Gobernador terminaría de entender por qué apenas estando madura la algarroba los indígenas abandonaban el pueblo “sin más motivo que el de su veleidad y embriagueces”<sup>8</sup> y, para colmo, dejando atrás una considerable cantidad de ganado. Figura todavía en uno de sus registros el haber dejado en una sola reducción alrededor de doscientas ovejas, unas cien reses y más de treinta caballos.<sup>9</sup> Todo, para que los indígenas se quedaran allí.

El relato podría pasar simplemente por anecdótico si no fuera porque revela, indirectamente, el significado que en ese momento tiene la palabra

frontera: lo que no se puede someter, lo incomprensible, aquello a lo que hay que contener.

Pudieran quedar dudas respecto a que ésto fuera un caso más bien aislado, pero una tesis doctoral publicada en 1993 sobre las políticas implementadas en la frontera del Chaco entre 1750 y 1810, tiende más bien a confirmarlo. Gullón Abao sostiene que durante la segunda mitad del siglo XVIII esta clase de “atenciones” fue utilizada muy usualmente para poder atraer a los indígenas a las reducciones, transitar por sus territorios sin ser molestados o simplemente precaverse por lo que pudiera ocurrir.<sup>10</sup> Más del 10% de lo gastado por el gobierno en la seguridad de la frontera podía destinarse únicamente a “regalos”, sin que ello incluyera necesariamente al ganado.<sup>11</sup>

Cien años más tarde esta representación todavía sería fuerte, pero había entrado a competir ya con otra. Con una representación que suponía ideas nuevas basadas no ya en los sistemas productivos que habían caracterizado a la colonia, y que en parte habían ayudado a desechar al Chaco como zona de interés económico primario, sino en esquemas que dejaban atrás a ésto para comenzar a pensar en una producción de tipo tropical, a gran escala y con una fuerte demanda de recursos y mano de obra.

La industria azucarera comenzó a desarrollarse en el noroeste hacia 1778 aproximadamente, pero recién en 1876 con el tendido de las vías férreas hasta Tucumán, y la adquisición de maquinarias modernas destinadas a la molienda y al refinamiento fue que el sector sufrió un crecimiento vertiginoso. En un principio, parte de la fuerza de trabajo que se empleó en este crecimiento la constituyeron cerca de cuatro mil familias wichí que según la documentación de la época se hallaban establecidas sobre las márgenes del Bermejo. Ya en 1859 el Gobernador Palacios había hecho los primeros intentos por incorporar aborígenes como mano de obra estacional, pero los vecinos de San Ramón de la Nueva Orán nunca le dieron el suficiente apoyo. Preferían prescindir de esos brazos que tenerlos cerca y asumir en algún momento la obligación de mantenerlos. La fecha importa, sin embargo, porque con los vecinos de un lado y la política de Palacios por otro, queda bien marcado el momento en que las viejas estructuras económicas comienzan a perder su hegemonía para ceder el lugar a una nueva instancia, también terrateniente, pero que ahora ve al aborigen desde una perspectiva distinta.

Si hasta mediados del siglo XIX el Chaco es visto con recelo por lo que contiene y no se puede controlar, a partir de ese momento lo será por lo que se desea controlar pero se encuentra contenido autónomamente. Las ocupaciones del siglo XVIII con su visión de la posesión de tierras como la posesión de un pequeño mundo no necesitaban del indígena, y en esas condiciones llegaron hasta donde fue posible. Este nuevo esquema sí lo requería, pero para alcanzarlo como recurso debía romper antes su estrecho vínculo con el ambiente. Lo que las medidas de Palacios de alguna manera anticipaban era la necesidad de un nuevo componente social cuyo sentido económico antes no se había revelado. Así, entre 1863 y 1873 se desataron una serie de conflictos en la frontera salteña que produjeron una disminución drástica de los asentamientos wichí. La zona del Bermejo se convirtió, por excelencia, en zona de captura de mano de obra aborígen, y de aquellas cuatro mil familias censadas en 1859 menos de mil quedaban catorce años después. La ocupación del Chaco centro-occidental comenzó, en realidad, en ese momento.

### **La vida a partir de los ingenios**

Desde el inicio de estos conflictos y hasta principios del siglo poco es lo que se sabe, salvo que en determinado momento llegó incluso a interceder el Ministerio de Guerra para garantizar la concurrencia de las distintas comunidades a las tareas de cosecha.<sup>12</sup> El resto del tiempo, al parecer, fueron los propios ingenios los encargados de organizar expediciones para reclutar mano de obra.<sup>13</sup>

Los dos ingenios más poderosos de la Provincia de Jujuy, “Ledema” y “La Esperanza”, las organizaban todos los años entre diciembre y enero. A costos de 1914, estas expediciones podían llegar a significar unos cien mil pesos para cada ingenio, pero tal inversión se amortizaba casi de inmediato.

Antes de eso, a principios de siglo, en vez de proceder cada uno por su lado, todos los ingenios actuaban juntos distribuyéndose después el producido en distintas cuotas. Las unidades de estas cuotas, se dice, podían ser familias enteras, ya que se hacía trabajar absolutamente a todos. Por qué motivo dejaron de reclutar de este modo y después lo hicieron individual-

mente es algo que se desconoce, pero probablemente tuviera que ver con ciertos recelos generados por la disponibilidad de braceros con que finalmente quedaba cada uno.

“La Esperanza” enviaba generalmente un jefe, cuatro capataces y una treintena de peones veteranos. A ello se agregaban cien mulas cargadas de ropa, víveres muy elementales y grandes cantidades de tabaco que se entregaban a un cacique para sellar el compromiso en torno a que su gente asistiría en el momento en que el ingenio la necesitase.

La práctica acostumbrada en todos los casos era que la expedición marchara junta hasta un determinado punto, y a partir de allí se dividiere en tantas columnas como capataces hubiera para poder cubrir un radio determinado en el menor tiempo posible. Sólo cuando se había cerrado el compromiso el ingenio procedía a liberar cierto tipo de víveres; por lo general, harina, maíz, azúcar y algo de yerba. Y a entregar una res o un novillo cada treinta personas o quince leguas.

También se distribuía ropa siguiendo determinados valores previamente establecidos. Caciques y lenguaraces hasta lo equivalente a unos quince pesos. “Soldados”, denominación dada en los ingenios a los hombres, ocho pesos. Las “chinas” recibían telas y ropa por valor de tres; y los muchachos u “osacos”, por uno y medio a dos.

La marcha hacia a los ingenios podía significar dos o tres meses. Primero se hacía un largo trayecto a pié con el menor número de escalas posible, y luego se los embarcaba en vagones en las estaciones de Pichanal y Embarcación para que llegaran directamente por ferrocarril hasta los lugares donde debían trabajar.

Llegar al ferrocarril era disponer de buena salud. Los dos meses a pié se recorrían en columnas de uno en fondo, primero los hombres, después las mujeres con sus hijos y enceres y, por último, ancianos y enfermos. Quienes no podían seguir la marcha eran, simplemente, abandonados en el monte. Cuántos morían año a año en esta primera etapa es algo que se debe haber calculado con un sentido de previsión, pero ya por aquel entonces no figuraba en ninguna parte. Pese a esto, como al ingenio le interesaba básicamente que llegaran podían invertir hasta cincuenta pesos *per cápita* en la ida, y la mitad o menos para el retorno. Al llegar a los ingenios se les concedía tres

días de descanso, o lo que la caña necesitara, y a partir de ese momento el trabajo no se interrumpía durante toda la zafra.

Las plantaciones de caña de azúcar se dividían en “lotes”. Cada lote estaba a cargo de un administrador y de varios capataces de indios. Las “tribus” se distribuían apenas llegaban y casi de inmediato las mujeres comenzaban a trabajar levantando los *huetes*.<sup>14</sup> Formando un círculo, clavaban en el piso una serie de varillas flexibles, luego las arqueaban hacia el centro, las ataban, y formaban con ellas un armazón cupuliforme que después se cubría con pajas y hojas.

Una vez que se distribuía el trabajo, éste comenzaba y a cada persona le tocaba atender tres o cuatro surcos cuya extensión dependía de la extensión del lote. La jornada comenzaba a las cinco de la mañana y se prolongaba sin descanso hasta ponerse el sol. Hombres y mujeres trabajaban por igual, y sólo disminuía el ritmo cuando un lote estaba demasiado afectado por el paludismo y la disentería. Entonces era responsabilidad de los capataces buscar rápidamente reemplazos, lo cual consistía normalmente en recargar en otros individuos las cuotas de los enfermos.

Entre fines del siglo pasado y principios de éste, los ingenios hicieron varios experimentos para incorporar población de otro tipo a las tareas de la zafra, pero al parecer todas fracasaron. Hindúes, españoles, turcos, italianos, e incluso japoneses, pasaron por los cañaverales sin poder reemplazar el grado de rendimiento por lote y el bajo costo que la mano de obra aborigen suponía. Ni siquiera de viviendas había que proveerles, y en su capacidad de trabajo para cortar, descogollar y pelar la caña eran preferibles, aún, a los zafreiros bolivianos. Así, los gastos que las empresas tenían en buscarlos se compensaban rápida y ampliamente.

Casi todo el tiempo fueron principalmente wichís, pero después se agregaron iyojwajas, nivaklés y finalmente qomleeks. Las entradas seguían el cauce del Bermejo y se ramificaban hacia el norte alcanzando territorio formoseño.

Entre el gran período de conflictos, que ocupa los años sesenta y setenta del siglo pasado, y la primer década de este siglo, no hubo nada que regulara el trabajo aborigen. Los primeros “contratos” datan de febrero de 1914,<sup>15</sup> y se realizan a instancia del gobierno nacional, que no está dispues-



Mujer wichi (según Palavecino, 1936)



Campamento wichi (según Palavecino, 1936)

Reunión iyojwaja  
(según von  
Rosen, 1916)



Escena en los ingenios jujeños (Niklison, 1917)



Niñas wichi (Niklison, 1917)

arquero wichi  
(Niklison, 1917)



to a apoyar a los ingenios si no se introducen ciertas mejoras en las condiciones de trabajo. Los ingenios aceptan, pero poco hacen para difundir su existencia y todo es dejado después a la buena fe de las empresas. Entre las cosas que ese contrato establecía estaba el derecho a consumir cierta cantidad de caña para poder alimentarse sin que después les fuera descontada de sus salarios. También incluía un ahorro mensual forzoso para evitar el endeudamiento con el ingenio, y por lo tanto un compromiso de trabajo “encadenado”, una muda de ropa gratuita antes de comenzar la zafra, y el transporte sin costos desde el lugar de origen y hasta el sitio designado para el “acuerdo grande”.<sup>16</sup> Por aquel entonces el salario se fraccionaba en tres partes principales: la ración, el estímulo y el ahorro. El “acuerdo grande” era el momento de la liquidación final, y esta dependía de cómo resultara la relación entre estos tres componentes. Por lo común, los dos primeros meses se liquidaban de inmediato en moneda nacional y víveres, y los tres siguientes se retenían y acumulaban para entregárseles al final.

La zafra concluía en noviembre o diciembre, nuevamente se les embarcaba en los trenes, se les transportaba hasta Pichanal y Embarcación, y desde Pichanal y Embarcación a Las Baras y Tres Pozos, que eran por lo general los lugares escogidos para el licenciamiento definitivo.

Los días previos a que ésto ocurriera las tolдерías mostraban un movimiento inusitado. Los indígenas esperaban con ansiedad el momento en que su labor se vería retribuida para volver a su lugar de origen con lo que se les hubiera dado: algo de dinero, artículos y prendas de su elección. Como en general no se conocía el valor del propio trabajo o si había o no razón de ciertos descuentos, se confiaba completamente en lo que las oficinas de liquidación establecían. Pero la alegría por volver residía también en otros motivos. Entre noviembre y diciembre comenzaban a cantar los coyuyos y ésto indicaba que la algarroba estaba ya madura. Mientras subían a los trenes, la expedición para el año siguiente ya se preparaba.

### **La ocupación de tierras y el deterioro del ambiente.**

Paralelamente a la incorporación del aborigen como mano de obra para las tareas agrícolas, otros dos procesos se ponen en marcha. Por un



lado, lo concerniente a la expansión y el desarrollo de toda la infraestructura necesaria para soportar los requerimientos de las nuevas industrias: tendido de ferrocarril, construcción de caminos, organización de obrajes para poder alimentar constantemente la maquinaria de los ingenios, etc., etc.; lo cual suponía disponibilidad de brazos y, por supuesto, también, disponer de los recursos naturales a la mano. Por otro, la necesidad del gobierno de colonizar la zona como parte de una política de asegurar territorios mediante la implantación de un tipo de población que, en términos del Estado, fuera más confiable.

Puede suponerse que ambos procesos fueron en realidad uno porque sus consecuencias son a veces difíciles de separar, pero hay una buena razón para distinguirlos, y esa es que sus trasfondos son distintos. Uno responde a los intereses del capital y otro responde a los intereses de la política. Ciertas decisiones políticas pueden estar ligadas a los intereses del capital, pero el Estado en sí mismo tiene también sus propias necesidades en cuanto detentor del monopolio legítimo de la fuerza. Debe asegurarse, por los medios a su alcance, que la población y el territorio que gobierna lo sean, de algún modo, a su imagen y semejanza.

Este tipo de situación se presentó prácticamente en todas partes de la América de la segunda mitad del siglo XIX. Un dato de interés es que muchos de los altos oficiales que intervinieron en la llamada conquista del Chaco comparaban su situación con la que enfrentaba el gobierno de Estados Unidos en sus luchas contra el aborigen. Para decirlo mucho más simplemente, a partir de 1880 más o menos en el Chaco co-existen dos modelos: el terrateniente basado en grandes capitales y el estatal-militar. El modelo estatal entregó la mano de obra étnica y los recursos naturales a su oponente, y éste, por su parte, le reconoció jurisdiccionalidad; pero, de hecho, actuaron los dos como modelos distintos. La fase inicial de la destrucción del ambiente cupo fundamentalmente al primero, el terrateniente, con sus explotaciones extractivas a gran escala y la ocupación de tierras y, a partir de allí, el agravamiento de las condiciones ecológicas al segundo con la introducción de nuevos pobladores que traerán prácticas ganaderas poco apropiadas. Sólo así puede explicarse la contradicción que supuso que el aborigen fuera bueno para trabajar en el Chaco pero malo para habitar en su territorio.

Argentina y Paraguay resultaban dos países privilegiados en el mundo

por sus bosques de quebracho colorado. La madera de este árbol ya había sido expuesta en las ferias de París de 1855 y 1867. Ya allí se destaca su utilidad para postes y durmientes y su riqueza en tanino.<sup>17</sup> En 1872 un curtidor francés radicado en Salta comienza a utilizarlo a gran escala sustituyendo la corteza de cebil. Seis años después los hermanos Portalis comienzan su exportación a Francia, que pronto dejará de usar el castaño, y M. Harteneck a Alemania, desplazando al tanino de encina procedente de Polonia y Austria.<sup>18</sup> Para 1890 Estados Unidos estaba ya en la lista de países interesados, y aproximadamente para la misma época capitales de origen británico, aparentemente también ligados a los ferrocarriles y al azúcar,<sup>19</sup> desplazan o se asocian a los del Havre y Hamburgo que habían sido los primeros decididos a invertir en los obrajes. En 1904 se forma la Argentine Quebracho Company, con acciones en New York, 278.487 hectáreas de tierras en todo el Chaco, y una gran planta en Tartagal que cerrará recién en 1950. Exportaba 70.000 toneladas de rollizos sólo a New York.<sup>20</sup> En 1902 Harteneck y Portalis fusionan sus empresas en la Compañía Forestal del Chaco. Cuatro años más tarde, llegados ya capitales británicos y nuevos capitales alemanes, se transforma en The Forestal Land, Timber and Railways con explotaciones en Santa Fé, Santiago del Estero, Chaco, Formosa y Salta.<sup>21</sup> El promedio de vida de un obrero de La Forestal era de treinta y cinco años con una alta probabilidad de morir, antes de esa edad, de tuberculosis o sífilis. Muchos de estos obreros eran, por supuesto, indígenas.

El gran área de estas empresas fue básicamente el Chaco austral, donde un frente de tala podía llegar a tener hasta doscientos kilómetros de ancho. Era el espacio casi exclusivo del modelo terrateniente. Cuenta todavía una anécdota que en su momento de mayor esplendor, en provincias como Santa Fé y Santiago del Estero, las tierras se dividían entre las que pertenecían a La Forestal y las que pertenecían al resto. El Chaco central, en cambio, era un espacio más compartido entre los dos modelos; cosa que se veía particularmente bien en la porción occidental donde convivían, de un lado, los ingenios y las explotaciones madereras y, del otro, el modelo estatal con su concepto de frontera como límite territorial y espacio de ocupación.

Hacia principios del siglo xx el modelo estatal se plantea como prioridad la ocupación efectiva de las tierras linderas con el Pilcomayo a través de un programa agrícola-ganadero que se conoció como Colonia Buenaventu-

ra. Colonia Buenaventura se emplazó estratégicamente en la proximidad del límite tripartito incluyendo tierras que en aquel entonces pertenecían al Territorio Nacional de Formosa así como otras que se encontraban desde tiempo atrás en litigio con la Provincia de Salta, que no reconocía allí la jurisdicción nacional. La zona estaba habitada fundamentalmente por comunidades wichí, y en un número menor, iyojwajas, qomleeks y nivaklés. Entre 1902 y 1906 el gobierno nacional distribuyó títulos de propiedad entre ganaderos procedentes del sur de Salta y el norte de Santiago del Estero para que ocuparan lo que desde su punto de vista se consideraban “espacios vacíos”. Los ganaderos casi de inmediato aseguraron las aguadas, las zonas más fértiles del bosque y las que hasta ese momento habían sido áreas de recolección de distintas comunidades. Desde ahora, muchos serían espacios de pastaje con acceso restringido. Así, en estos cuatro primeros años la población criolla pasa de cincuenta personas a más de dos mil individuos, y las cabezas de ganado de alrededor de tres mil a más de cien mil.<sup>22</sup> Los nuevos stocks ganaderos y su manejo “a campo abierto” desplazan casi de inmediato a otros animales, afectan a la vegetación que suple a los pastos y comienzan un proceso de deterioro de suelos que no se ha detenido hasta hoy y que fue una de las grandes causas del estancamiento de la producción ganadera a partir de finales de los cincuenta.

La presencia de este nuevo componente se sirvió también de la mano de obra aborígen, pero por motivos distintos de los contemplados por los ingenios. Concharlos para tareas menores facilitaba el acceso a nuevas tierras al tiempo que prevenía o permitía mantener bajo control a los campamentos temporarios y a las “invasiones” que pudieran producirse para cazar, pescar o recolectar.<sup>23</sup>

Que a principios de siglo los ingenios tuvieran que recurrir a adelantos de víveres, ganado e inclusive al parecer armas de fuego para realizar los acuerdos iniciales de trabajo, es un indicador interesante de que el monte mantenía todavía un cierto nivel de sustentación aún cuando se tratara de la temporada seca. La expedición del general Victorica había asegurado el Chaco oriental en 1884, pero el Chaco centro-occidental no tuvo en realidad este status sino hasta 1911;<sup>24</sup> es decir, hasta casi una década después de haberse iniciado el proyecto colonizador. De todas maneras, parece que este breve lapso fue ya crítico y coincide con el momento en que las pobla-

ciones indígenas en general comienzan a verse impedidas de completar por sus propios medios el ciclo de reproducción social. Durante una primera fase de casi cincuenta años su concurrencia a los ingenios había sido forzada mediante distintos mecanismos, pero su capacidad para vivir del entorno se mantenía todavía. La ocupación del Pilcomayo afectó básicamente la posibilidad de acceso a determinados recursos, posibilidad que se tornaría cada vez más escasa, y esto fue recién lo que abrió una brecha importante en la economía de subsistencia de todos estos grupos.

### **Su situación actual y la pervivencia de viejas prácticas.**

La pregunta que cabe es si esta circunstancia repercutió a tal punto de poder argumentar que sirvió como elemento verdaderamente desarticulador del modo de vida tradicional o, lo que para muchos sería casi lo mismo, si significó su incorporación definitiva como factor de producción permanentemente disponible para las distintas actividades económicas que se desarrollaban en la zona.<sup>25</sup>

La respuesta es difícil de dar, pero la percepción general que uno puede tener es que los wichí y demás parcialidades nunca terminaron de incorporarse a esto verdaderamente. En la Provincia de Salta, el proceso colonizador que se acaba de describir se corresponde con lo que en términos catastrales son actualmente los Lotes Fiscales 55 y 14. El Lote Fiscal 55 comprende unas 233.000 hectáreas y alberga hoy en día unos 1.500 criollos y casi 4.500 aborígenes. A través de la oferta de trabajo la población criolla se ha insertado en el ciclo de reproducción social aborígen desde principios de siglo, pero pese a las necesidades cada vez más acuciantes no hay lo que podría considerarse una mano de obra cautiva.

Tres son básicamente las actividades productivas de los grupos criollos: la cría de ganado, la agricultura a pequeña escala y la tala forestal. Ninguna de las tres está destinada esencialmente al mercado sino más bien a la propia subsistencia. En la mayoría de los casos producen lo que consumen y las relaciones de trabajo con los aborígenes, que por una cuestión de número son casi siempre wichís, tiene que ver con estas tres actividades. Se les encarga talar árboles, fabricar postes, levantar cercas, hacer determina-

dos mandados que tengan que ver con la inmediatez del momento, etc., y se les paga por lo general con algo de azúcar, harina o sémola. La ropa y el efectivo son moneda escasa y el valor de una jornada puede medirse por un cuarto de azúcar, medio paquete de harina, medio paquete de sémola o una cantidad imprecisa de fideos.

La demanda de trabajo puede ser alta, sobre todo en el período de escasez, pero la búsqueda del mismo no reviste la intención de lograr un trabajo definitivo como peón rural o alcanzar cierta estabilidad por un período más o menos prolongado como puede ser el lapso de tres o cuatro meses. Son las necesidades en todo caso las que indican cuándo acercarse y una vez que se consigue lo que se necesita la relación laboral finaliza.

Podría pensarse que ésto da lugar a la especulación de parte del criollo, y sobre todo en determinadas épocas del año, pero no necesariamente es así, ya que para el aborigen suelen ser circunstancias muy cambiantes las que determinen cuándo es realmente imprescindible trabajar para un tercero. A veces incluso no es necesario que sea la misma persona la que pida trabajo, pueden turnarse distintos parientes o individuos relacionados en algún sentido. Las tareas por lo tanto se encargan a quien se acerca, y una vez producido el pago no es extraño ver a diferentes grupos intercambiar entre sí el equivalente a una, a dos y a veces hasta a tres jornadas de trabajo. Así, si bien es cierto que las poblaciones criollas han sacado su beneficio al insertarse casi desde un principio en el sistema de reproducción social indígena, y con niveles sumamente bajos de remuneración, no es menos cierto que estos últimos asumen el trabajo asalariado con una actitud muy semejante a la de las viejas prácticas de caza y recolección, viendo en él más un complemento o sustituto parcial que un modo constante y necesario de sustento económico.<sup>26</sup>

Todo esto hace pensar en que la ocupación económica del Chaco tuvo sin duda el efecto de pauperizar en extremo, pero no necesariamente el de alcanzar plenamente determinadas estructuras. En su forma tradicional las estructuras sociales chaqueñas contemplaban una relación muy particular entre cuatro aspectos básicos: prácticas de subsistencia y administración territorial basadas en una morfología social de tipo estacional, prácticas de intercambio fundadas en el parentesco, prácticas redistributivas y estrategias articuladoras asociadas a las jefaturas y, finalmente, toda una serie de

prácticas simbólicas (o, si se quiere, simbólico-cognoscitivas) directamente vinculadas con el contenido de las instituciones chamánicas. Muchas facetas de estos cuatro aspectos son todavía francamente apreciables, pero la pregunta importante es cómo los afectaron los cambios promovidos desde cada uno de los modelos mencionados.

Desde el punto de vista de los ingenios ocupar al indígena como mano de obra barata era una perspectiva atractiva, pero su verdadero valor residía no sólo en una capacidad de trabajo inigualable, sino además en un modo de vida que implicaba muy poca o casi ninguna inversión si se compara con las utilidades que finalmente se obtenían. ¿Valía la pena entonces proletarizar del todo al indígena o sólo hasta determinado punto? Si se examina el período que va desde la década de 1863/1873 hasta 1914, que es el momento que hemos tomado para describir el sistema de expediciones, llama inmediatamente la atención una cosa: el arrinconamiento y disciplinamiento representan sólo una fase inicial. Después, en todo caso, lo que se aprovecha es el modo de vida del indígena. El sistema de expediciones está organizado, por ejemplo, con cabal conocimiento de lo que implican para estos grupos tanto las prácticas de intercambio basadas en la obligación como el funcionamiento de las jefaturas redistributivas. Es más, resulta sugestivo incluso el manejo de los tiempos sociales de la organización indígena. Muchas expediciones llegan a las comunidades cuando ya ha transcurrido el *ispeyák* (o *nawóp*)<sup>27</sup> y las tolderías se encuentran en pleno *yiachiúp*.<sup>28</sup> El *yiachiúp* es el tiempo de recolección de la algarroba y en ningún otro momento del año era posible encontrar mejor circunstancia para el reclutamiento. Los compromisos que entonces se contraían coincidían después con la época en que las comunidades se iban encontrar más expuestas, debido a que cuando el ingenio los reclamara meses más tarde la capacidad de sustentación del monte estaría todavía en sus niveles más bajos. La zafra se superponía con ciertos momentos del ciclo estacional que administraba la organización y subsistencia de los distintos grupos, y los establecimientos industriales no dejaron de aprovecharlo. Así, durante mucho tiempo, el verdadero valor agregado de los braceros indígenas residió en un modo de vida que resultaba siempre mucho más económico que el que pudiera plantear cualquier otra alternativa. Cuando no era requerido como mano de obra, se daba por hecho que el indígena podía (y debía) vivir del monte.

El problema se planteó cuando la ocupación de tierras fomentada por el Estado llegó a un punto en que el monte dejó de ser un recurso aún en el momento del año en que la caza, la pesca y la recolección eran más abundantes; pero aún en esta circunstancia determinado tipo de pauta tendió a subsistir. En cierta forma, para las poblaciones criollas no ha dejado de ser también ventajoso que los indígenas trabajen como lo hacen, yendo y viniendo, ya que como se nos explicó en determinado momento si lo hicieran de otra manera tampoco habría recursos “para conchabrarlos”. Pagar en dinero por una semana o una quincena de trabajo no es lo mismo que encargar una determinada tarea, como arreglar una cerca, cargar agua o cortar leña, y retribuir después con un poco de yerba y azúcar.

La ocupación del Chaco centro-occidental está, en realidad, llena de paradojas. El proceso de incorporación del indígena como fuerza de trabajo altamente explotable no tuvo la misma resolución que en otras partes, esto nos obliga a poner reparos en torno a que pudiera hablarse siempre de un proletariado rural de origen indígena, en parte se formó y en parte no, pero tal cosa no significa -por supuesto- que al fin de cuentas y por tal motivo la historia contara por ello con un saldo a favor.

La destrucción del ambiente, por de pronto, es un hecho irreversible. Las estructuras sociales de los grupos chaqueños estaban altamente adaptadas a un escenario natural que hoy se encuentra sumamente degradado y que en términos prácticos es ecológicamente irrecuperable. Haber sustituido parcialmente el producto de la caza y la recolección por lo que se puede obtener a través de una prestación ocasional de servicios no llega a ser una estrategia sustitutiva que podamos calificar como satisfactoria, aún cuando en apariencia (y por su forma) haya servido como vehículo para poder mantener por un tiempo más algunas de las antiguas tradiciones.

## Notas

- <sup>1</sup> El autor es doctorando por la universidad de Sevilla e investigador del Consejo de Investigación y del Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología de la UNSa.
- <sup>2</sup> ROSENZVAIG, A. (1996), p. 10 y ss.
- <sup>3</sup> *Loc. cit.*
- <sup>4</sup> *Loc. cit.*, 21.
- <sup>5</sup> Cfr. SCUNIO, A. (1971), p. 68.
- <sup>6</sup> ROSENZVAIG, *op. cit.*, 22.
- <sup>7</sup> Cfr. CISNEROS, M. P. (1982). Lo entrecomillado está tomado por la autora del Libro Copiador de Martínez del Tineo.
- <sup>8</sup> *Loc. cit.*
- <sup>9</sup> *Loc. cit.*
- <sup>10</sup> Cfr. GULLÓN ABAO, A. J. (1993), p. 105 y ss.
- <sup>11</sup> *Loc. cit.*
- <sup>12</sup> FUSCALDO, L. (1990).
- <sup>13</sup> Lo que sigue está fundamentalmente basado en el informe que José Elías Níklison, en su calidad de Inspector, dirigió al Presidente del Departamento Nacional del Trabajo de la República Argentina, Dr. Julio B. Lezana, quien más tarde lo remitió al Ministerio del Interior solicitando su publicación oficial. El informe fue publicado en 1917, y constituye un ensayo verdaderamente notable de antropología social. Se han agregado, sin embargo, datos procedentes de otras fuentes que permiten precisar la documentación de Níklison. Entre ellos, el informe Biale Massé de 1904, pero también algunos testimonios orales que aunque bastante más tardíos han servido a los fines de una contrastación comparativa.
- <sup>14</sup> Chozas o “toldos”.
- <sup>15</sup> Correspondió a los ingenios jujeños “Ledesma” y “La Esperanza”.
- <sup>16</sup> En ese mismo año “Ledesma” intentó denunciar el acuerdo argumentando que los indígenas no entendían el ahorro y preferían el viejo sistema.
- <sup>17</sup> El quebracho colorado contiene hasta un 27% de tanino en su madera en contra, por ejemplo, del 9 o 10% de ciertas variedades de encina que hasta 1870 eran las más utilizadas.
- <sup>18</sup> Cfr. ROSENZVAIG, E. *op. cit.*, p. 334.
- <sup>19</sup> Esto no debe extrañar, dado que por esos años buena parte de la madera de los bos-



ques chaqueños se utilizó como combustible para alimentar las máquinas refinadoras de los ingenios.

<sup>20</sup> Cfr. ROSENZVAIG, E. *op. cit.*, p. 336.

<sup>21</sup> *Op. cit.*

<sup>22</sup> Cfr. TRINCHERO, H. H. y otros (1992), p. 199.

<sup>23</sup> Cfr. POWELL, D. (1989).

<sup>24</sup> Cfr. TRINCHERO, H. H. y otros, *op. cit.*, p. 249.

<sup>25</sup> Por ejemplo: TRINCHERO y otros, *op. cit.* y GORDILLO, G. (1993).

<sup>26</sup> Esta tesis fue sustentada originalmente por D. POWELL (*op. cit.*) y V. VON BREMEN (1987).

<sup>27</sup> Expresiones wichí para la época del año en que los árboles y las plantas del monte florecen y se cubren de brotes. La preparación del terreno para las huertas comienza en ese momento.

<sup>28</sup> Para los wichí el yiachiúp se inicia a mediados de noviembre y se extiende hasta el mes de febrero.

## BIBLIOGRAFÍA

### Bialet Massé

1973 *Las clases obreras argentinas a principios de siglo*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires. [caps. 1, 2 y 3 del informe publicado en 1904 bajo el título *El estado de las clases obreras a principios de siglo*].

### Campi, Daniel (comp.)

1995 *Estudios sobre la historia de la industria azucarera argentina*. Vol 1, Fac. de Ciencias Económicas (UNT) y Unidad de Investigación en Historia Regional (UNJu).

### Cisneros, Marcela

1982 "Campaña al Chaco durante el gobierno del Teniente Coronel Dn. Juan Victorino Martínez del Tineo", Primer Seminario de Historia del Chaco, Fac. de Artes y Ciencias. UCS, pp. 15 a 37.

**Fuscaldo, Liliana**

1990 "El proceso de constitución del proletariado rural de origen indígena en el Chaco." En: Lischetti, M. (Comp.), *Antropología*, Buenos Aires, Eudeba.

**Gordillo, Gastón**

1993 "La actual dinámica económica de los cazadores-recolectores del Gran Chaco y los deseos imaginarios del esencialismo", *Rev. Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, Año 11, n° 3, pp. 73 a 96.

**Gullón Abao, Alberto José**

1993 *La frontera del Chaco en la Gobernación del Tucumán: 1750-1810*. Servicio de Publicaciones, Univ. de Cádiz.

**Níklison, José E.**

1917 "Investigación sobre los indios maticos trabajadores", Boletín del Departamento Nacional del Trabajo n° 35. Bib. Congreso de la Nación.

1989 *Investigación sobre los indios maticos trabajadores*. Jujuy, UNJu.

1990 *Los tobas*. Jujuy, UNJu.

**Palavecino, E.**

1936 "Las culturas aborígenes del Chaco", *Historia de la Nación Argentina*, I, pp. 429 a 472.

**Powell, Daniel**

1989 *Aborígenes maticos y criollos en el Lote Fiscal 55 de la Provincia de Salta. Sus relaciones y el contexto histórico*. Trabajo presentado en el II Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural, UNSa, Salta.

**Rosenzvaig, Eduardo**

1996 *Etnias y árboles. Historia del universo ecológico del Gran Chaco*. La Habana, Casa de las Américas.

**Scunio, Alberto D.H.**

1972 *La conquista del Chaco*. Buenos Aires, Círculo Militar.

**Teruel, Ana (comp.)**

1995 *Población y trabajo en el noroeste argentino. Siglos XVIII y XIX*.  
UNIHR - Fac.de Humanidades – UNJu.

**Trincherero, Héctor Hugo y otros**

1992 *Capitalismo y grupos indígenas en el Chaco centro-occidental (Salta y Formosa)*. 2 vols., Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

**Von Bremen, Volker**

1987 *Fuentes de caza y recolección modernas: Proyectos de ayuda al desarrollo destinados a los indígenas del Gran Chaco (Argentina, Paraguay, Bolivia)*. Servicio de Desarrollo de las Iglesias (AG-KED), Stuttgart.

**Von Rosen, Eric**

1990 *Un mundo que se va*. Jujuy, UNJu. [Original de 1916].